

llé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda habria sido Aurora mas liberal conmigo si yo le hubiera dado otra noticia mas agradable, cuando pagaba con tanta generosidad una que le habia causado tanto disgusto. Me pesó de no haber imitado á los escribanos y alguaciles que disfrazan á veces la verdad; y me enfadé mucho contra mi tontería por haber sufocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades si yo no hubiera hecho un necio alarde de ser sincero; pero al fin me consolé con los veinte doblones, que me recompensaban ventajosamente de lo que habia gastado tan sin venir al caso, en pomadas y perfumes.



## CAPÍTULO III.

De la gran mutacion que sobrevino en casa de Don Vicente, y de la estraña determinacion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.



OCO despues de esta aventura se sintió malo Don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de su enfermedad eran tan violentos, que desde luego se temieron funestas resultas. Llamóse á los dos mas famosos médicos de Madrid; uno era el doctor Andres, y el otro el doctor Oquendo. Pulsaron atentamente al doliente; y despues de una esacta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto fueron de un parecer, y estuvieron discordes en todo lo demas. El uno queria que se purgara el enfermo aquel mismo dia, y el otro opinaba que la purga se dilatase. El Doctor Andres decia que, por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, se les habia de espeler aunque crudos, con purgantes, antes que se fijasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba, por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debia esperar á que madurasen antes de recurrir á los purgantes.—Pero ese método, replicaba el otro, es directamente opuesto al que nos enseña el príncipe de la medicina: Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos espesos, que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion.—¡Oh! en eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: Hipócrates no entiende por la voz *orgasmo* la agitacion violenta, sino mas bien la madurez de los humores.

Acaloráronse nuestros doctores en esta disputa. El uno recitó el tes-



to griego, y citó todos los autores que le esplicaban como él. El otro se fiaba en la traduccion latina, empeñándose con mayor calor, y tomando el asunto en tono mas alto. ¿A cuál de los dos se habia de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese resolver aquella cuestion; pero hallándose precisado á elegir una de las dos opiniones, adoptó la del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto el Doctor Andres, que era el mas mózo, se retiró; pero no sin decir primero cuatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y he aquí que quedó triunfante Oquendo; y como seguia los mismos principios que el Doctor Sangredo, hizo sangrar copiosamente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga, tan sábiamente diferida, no le quitase la presa que ya tenia agarrada, impidió la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fué el fin del Señor Don Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el griego.

Despues de haber hecho Aurora á su padre las ecsequias correspondientes á un hombre de su distinguido nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, remunerándolos en proporcion de su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una quinta que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendía. Yo fuí uno de los que permanecieron con ella, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de que necesitase de mí. No obstante el fiel informe que yo le habia dado de Don Luis, todavía le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia dejado llevar de su impulso. Como ya no necesitaba tomar precauciones para hablarme á solas, me dijo un dia suspirando:—Gil Blas, yo no puedo olvidar á Don Luis: por mas que hago para desecharle del pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me le pintaste, encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enternecióse al decir estas palabras, y no pudo reprimir algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto fué lo que me conmovió su llanto. Ni podia hacerle mejor la corte que mostrándome afligido de su pena.—Veo, amigo Blas, continuó enjugándose sus hermosos ojos, veo tu buen corazon, y estoy muy satisfecha de tu celo, que prometo recompensar bien. Nunca mas que ahora me ha sido necesario tu auxilio. Voy á descubrirte el pensamiento que ocupa en este instante mi atencion: sin duda te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir cuanto ántes á Salamanca, donde he pensado disfrazarme de caballero bajo el nombre de Don Felix, y hacer conocimiento con Pacheco, de modo que llegue á ganar su amistad y

UNIVERSIDAD DE BILBAO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1.º 1925 BILBAO, BILBAO





confianza. Hablaréle frecuentemente de Doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo, y como es natural que desée conocerla, aquí es donde yo le aguardo. Nosotros tendrémos en Salamanca dos posadas; en una haré el papel de Don Felix, y en la otra el de Doña Aurora: y dejándome ver de Don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy extraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que camino, acaban de cegarme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismo parecer que Aurora en cuanto á la extravagancia del designio, que creia muy insensato. Sin embargo, aunque le tenia por tan contrario á la razon, me guardé muy bien de hacer el pedagogo, antes sí comencé á dorar la píldora, y me esforcé á querer persuadir que, en vez de ser una idea disparatada, era una delicada invencion de ingenio que no podia traer consecuencia. No me acuerdo ya cuánto le dije para convencerla de esto; pero cedió á mis persuasiones, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y aplaudan sus mas locos desvarios. En fin, convenimos los dos en que esta temeraria empresa la debiamos mirar como una especie de comedia burlesca, inventada para divertirnos, en la cual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre las gentes de la casa, y repartimos á cada cual el suyo. Todos le admitieron sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. A la Señora Ortiz se le encomendó el de tia de Doña Aurora, señalándosele un criado y una doncella, y habia de llamarse Doña Jimena de Guzman. A mí me tocaba el de ayuda de cámara de Doña Aurora, que habia de disfrazarse de caballero; y una de las criadas, disfrazada de page, le habia de servir separadamente. Arreglados así los papeles, nos restituimos á Madrid, donde supimos se hallaba todavía Don Luis, pero disponiendo su viaje á Salamanca. Dimos órden para que se hiciesen cuanto antes los vestidos que habiamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y lugar; y hechos que fueron, se doblaron y metieron en diferentes baules; y dejando al mayordomo el cuidado de la casa, marchó Doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del reino de Leon, acompañada de todos los que entrábamos en la comedia.

Ibamos atravesando por Castilla la Vieja, cuando se rompió el eje del coche, entre Avila y Villafior, á trescientos ó cuatrocientos pasos de una quinta que se dejaba ver al pié de una montaña. Veiamonos muy apurados porque se acercaba la noche; pero un aldeano que acertó á pasar por allí nos sacó de aquel conflicto. Informónos de que aquella quinta era de una tal Doña Elvira, viuda de Don Pedro Pinares, y fué tanto el



bien que dijo de aquella señora, que mi ama se determinó á enviarme á suplicarle de su parte se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió Doña Elvira el informe del aldeano; bien es verdad que yo desempeñé mi comision de tal modo que la hubiera inclinado á recibirnos en su quinta, aun cuando no hubiera sido la señora mas agasajadora del mundo: me recibió con mucha afabilidad, y respondió á mi súplica en los términos que yo deseaba. Pasamos todos á la quinta tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontramos á la puerta á la viuda de D. Pedro, que salió cortesanamente al encuentro de mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que ambas se hicieron; solo diré que Doña Elvira era una señora ya de edad avanzada, pero á quien ninguna muger del mundo escedia en desempeñar noblemente las obligaciones de la hospitalidad. Condujo á Doña Aurora á un magnífico cuarto, donde dejándola en libertad para que descansase, fué á dar disposiciones hasta sobre las cosas mas menudas tocantes á nosotros. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena, mandó se sirviese en el cuarto de Aurora, donde las dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de Don Pedro una de aquellas personas que no saben obsequiar en un convite manteniéndose en él con un aire enfadosamente grave, silencioso y pensativo; antes bien era de genio jovial, y sabia mantener siempre grata la conversacion. Esplicábase noblemente con frases escogidas y adecuadas; yo admiraba su talento y el modo fino y delicado con que espresaba sus pensamientos, lo que me tenia embelesado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Se cobraron las dos una estrecha amistad, y quedaron de acuerdo en mantenerla, correspondiéndose por cartas. Nuestro coche no podia estar compuesto hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma quinta. Á nosotros se nos sirvió tambien una cena muy abundante, y así dormimos todos tan bien como habiamos cenado.

Al dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de Doña Elvira. Comieron las dos en una sala en que habia muchas pinturas, entre las cuales sobresalia una, cuyas figuras estaban pintadas con la mayor propiedad, y que ofrecia á la vista un asunto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, bañado en su misma sangre, cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dejaba ver tendido tambien el cadáver de una dama jóven, aunque en diferente actitud, atravesado el pecho con una espada, y cuando se representaba ecshalando el último aliento tenia clavados los ojos en un jóven, que espresaba tener un mortal dolor de perderla. El pincel habia representado tambien en

aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermoso y venerable aspecto, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se manifestaba menos afligido que el jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas escitaban en el mozo y en el anciano iguales movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo, poseido de una profunda tristeza, parecia estar abatido enteramente de ella; mas en el mozo se echaba de ver el furor mezclado con la afliccion. Todos estos afectos estaban tan vivamente espresados, que no nos cansábamos de ver y admirar aquel cuadro. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura.—Señora, le respondió Doña Elvira, es una pintura fiel de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, y manifestó un deseo tan vehemente de saber mas, que la viuda de D. Pedro no pudo dispensarse de prometerle la satisfaccion que deseaba. Esta promesa fué hecha á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y mia; todos cuatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama quiso que nos retirásemos; pero Doña Elvira, que conoció nuestra gana de oir la esplicacion de aquel cuadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos quedásemos, añadiendo que la historia que iba á referir no era de aquellas que pedian secreto. Un poco despues principiò su relacion en los términos siguientes.

